

ella, indeciso entre una revolución ó un golpe de Estado, temiendo tanto esta última eventualidad como la primera, Marrast convocó á la mesa para tomar una resolución. Cerca de las diez, uno de los vicepresidentes, el Sr. Goudchaux, y el cueztor Degousée llegaron precipitadamente. El general Changarnier, enviado á llamar, se excusó diciendo que se hallaba retenido en el Elíseo, y se contentó con enviar á las once una carta al presidente por uno de sus ayudantes: aquella carta, de una concisión algo militar, se limitaba á dar á conocer que las intenciones sediciosas atribuidas con razón ó sin ella á la guardia móvil habían hecho necesaria la medida de poner sobre las armas á la guarnición de París y ocupar las inmediaciones de la Asamblea.

Temióse un momento que aquel incidente originase un conflicto parlamentario. Afortunadamente Odilón Barrot procuró calmar las desconfianzas: vió al presidente de la Asamblea, le confirmó el aviso dado durante la noche, explicó los términos de la carta de Changarnier atribuyendo su poca deferencia á las circunstancias del momento, y le ofreció poner á las órdenes de un general á su gusto las fuerzas replegadas en torno del Palacio Borbón. Celoso de sus prerrogativas, Marrast designó al general Lebreton. Abierta la sesión, Barrot renovó las mismas declaraciones, en aquel tono conciliador y digno que tan bien le sentaba y con aquel acento de lealtad que apartaba todo recelo.

La Asamblea escuchó al presidente del Consejo, si no con gran favor, al menos sin marcada displicencia. Desechóse una petición encaminada á abrir una información, y la relativa á la acusación pedida dos días antes por Ledru-Rollín no prosperó. La extrema izquierda fué la única que persistió en decir que el gobierno había querido provocar un motín, y repitió hasta la saciedad, en las sesiones siguientes, que el 29 de enero se había organizado un verdadero complot contra la República. El gobierno, por su parte, no se cansó de decir que había desbaratado un complot contra la sociedad. De una y otra parte, en este lenguaje había exageración. El gobierno no había organizado ningún complot: Luis Bonaparte aún no conspiraba: su autoridad era demasiado reciente, y sus consejeros demasiado respetuosos de la legalidad; la Asamblea estaba condenada á una disolución próxima, de modo que era superfluo precipitar su fin por la violencia; y si hubiese habido conspiración contra la República, hubiera sido extraordinario que el poder, cuando no encontraba ninguna resistencia, se detuviese de grado en medio de sus designios. Si no había complot urdido en el Elíseo, nada permitía tampoco afirmar con certeza que se hubiese tramado uno en el partido demagógico: todo complot supone un concierto, un proyecto premeditado y actos de ejecución; y por graves que fuesen los manejos de la *Solidaridad republicana*, sería excesivo atribuirles aquel carácter: ni los informes de la policía, ni las instrucciones

judiciales proporcionaron sobre el particular ningún dato seguro (1). El único punto cierto es que reinaba entonces en París y en ciertos departamentos una viva efervescencia; y esta efervescencia podía, de un día á otro, transformarse en una insurrección. El gobierno estaba, pues, en el deber de tomar medidas preventivas para sofocar el mal en su origen. Las tomó con energía é hizo bien.

En medio de aquellos acalorados debates vino á discutirse la proposición Rateau. Desde el voto de la toma en consideración, el movimiento de opinión aún se había acentuado: las peticiones alcanzaban el número de doscientas cincuenta mil firmas. Era, pues, de esperar que la débil mayoría obtenida en el primer voto, subsistiría aumentada y fortalecida. Pero muchos representantes reprochaban á Rateau que fijase una fecha determinada para la separación de la Asamblea y que prescindiese de la dignidad del Parlamento notificándole de antemano la época de su despido. Lanjuinais presentó una enmienda destinada á satisfacer el amor propio más exigente. Dicha enmienda consignaba que la Asamblea, manteniendo en su orden del día la ley sobre el consejo de Estado y la ley sobre la responsabilidad del presidente y de los ministros, no añadiría más que la ley electoral; que una vez votada esta última, se procedería á la confección del censo, y que las elecciones se verificarían el primer domingo después del cierre de las listas electorales. A esta orden del día así acordada se añadió, á propuesta de un representante, el voto de los presupuestos. Después de lo cual fué aprobada la totalidad de la ley.

Era á mediados de febrero. Hacía dos meses que funcionaba el gobierno del presidente. Este gobierno había obtenido dos triunfos: había intimidado á las facciones con el aparato de fuerza del 29 de enero, y como no podía vivir en armonía con la Asamblea, la había conducido á fijar por sí misma el término de su mandato. Pero los cuidados de los gobiernos son múltiples. En aquel momento la política extranjera reclamaba, tanto ó más que los asuntos interiores, la solicitud del príncipe y de sus consejeros. Italia, tan agitada desde hacía un año, llamaba más que nunca la atención de Europa y no podía dejar á Francia indiferente. Las vicisitudes de aquel país estuvieron tan íntimamente ligadas con nuestros propios destinos, que conviene referirlos en detalle. A ellos dedicaremos todo el libro siguiente.

(1) A consecuencia de los acontecimientos de 29 de enero persiguióse judicialmente á los fundadores de la *Solidaridad republicana*, bajo la triple prevención: 1.º, de complot con el objeto de derribar al gobierno; 2.º, de afiliación á una sociedad secreta; 3.º, de asistencia á reuniones políticas no públicas y no autorizadas. El 15 de septiembre de 1849, la sala del consejo del Tribunal del Sena pronunció un fallo de no ha lugar respecto á la inculpación de complots y no mantuvo más que los otros dos extremos de la acusación.

LIBRO DUODÉCIMO

LOS ASUNTOS DE ITALIA

- SUMARIO: I.—Italia bajo la dominación austriaca; antipatía de razas; Italia y Francia; por qué razones Francia se acostumbra á considerar á Italia como cliente suya.—Conspiraciones y complots.—Formación de un partido liberal y nacional; Gioberti, Césari Balbo y d'Azeglio; el rey Carlos Alberto: su carácter; qué clase de apoyo presta al partido liberal.
- II (*Extractado del texto de La Gorce*).—Muerte de Gregorio XVI; elección de Pío IX; popularidad inaudita del nuevo papa; espec-táculo que presenta la ciudad de Roma á fines de 1846; reformas realizadas ó proyectadas por la Santa Sede; breve momento en que la causa liberal y moderada parece triunfar en Italia.—Sentimientos de Francia; Rossi; aprobación mezclada con temores para el porvenir.—Sentimientos de Austria; Metternich; su despacho en presencia del movimiento liberal; sus despachos; amargura de sus juicios.—Las previsiones de Metternich se justifican; primeros síntomas revolucionarios; incidentes que complican la situación: ocupación de Ferrara por las tropas austriacas; agitación en los Estados sardos y en Toscana; Mazzini; lord Minto.—Apertura de la Consulta de Estado (15 de noviembre de 1847); alteración cada vez más grande en el espíritu público en Roma.—Revolución en Sicilia; constituciones promulgadas en Nápoles, Florencia y Turín.—Actitud de Austria á principios de 1848; sus temores por sus posesiones italianas; irritación y estupor de Metternich.—Actitud del gabinete francés; teme el triunfo del espíritu revolucionario; lenguaje de Guizot en la discusión del mensaje; tropas concentradas en Port-Vendres y en Tolón con la mira de una intervención francesa.
- III (*Extractado del texto de La Gorce*).—Revolución en Viena; sublevación de la Lombardía y de Venecia.—Incertidumbre de Carlos Alberto; éste se decide á hacer la guerra al Austria; levantamiento general en Italia.—Carlos Alberto rehusa el auxilio de Francia; despachos de Bixio y Lamartine; el gabinete francés persiste en ofrecer su concurso.—Los peligros de Austria aumentan la jactancia italiana; sublevación en el corazón del Imperio; Austria se decide á solicitar una mediación; Hummelauer en Londres; resultado de esta negociación.—La fortuna del Imperio, un instante desesperada, se rehace; encíclica del papa; el rey de Nápoles llama á sus tropas; intervención francesa cada vez menos probable; mezcla de éxitos y fracasos; victoria de Radetzky; retirada del ejército piomontés hacia Milán.—El Piomonte se decide entonces á reclamar el auxilio de Francia; Ricci y Guerrieri en París; el gabinete francés desalentado niega su intervención armada y propone su mediación.—Capitulación de Milán; armisticio Salasco.—Por qué razones la mediación francesa está destinada á ser ineficaz; el Austria victoriosa no se presta á ella; el Piomonte vencido sólo se presta á medias; Francia no disimula que no apoyará sus negociaciones con las armas; lenguaje de Cavaignac; despachos de Bastide.—Situación de Austria y del Piomonte á fines de 1848; estado que no es ni la paz ni la guerra; todas las miradas se dirigen hacia Roma.
- IV.—Roma en 1848; encíclica del 29 de abril; Mamiani; su encumbramiento y su caída; anarquía.—Pío IX reclama el auxilio de Francia; esta súplica es desatendida.—Llamamiento hecho por el Pontífice á Rossi; situación de este personaje; sus vacilaciones. Consiente en formar un ministerio (16 de septiembre).—Administración de Rossi; dificultades de toda clase; sus medidas en el orden político, financiero, militar, administrativo y económico; proyecto de liga italiana.—Apertura del Parlamento fijada para el 15 de noviembre; temores y presentimientos; Rossi es asesinado en las gradas del palacio de la Cancillería; escenas vergonzosas; motín del 16 de noviembre; el Padre Santo cede á la violencia.
- V.—Emoción causada en Francia por los sucesos de Roma; medidas tomadas por la República francesa para proteger á la *persona del Papa*; el Papa en Gaeta.—Estando el Papa en seguridad, se trata de saber si se interpondrá para reponerlo en sus Estados; obstáculos que encuentra la política de intervención; disposiciones del presidente, de los ministros y de la Asamblea.—Anarquía en Roma; crisis sucesivas; establecimiento de la República romana.—Proyecto de intervención con las armas piomontesas; Gioberti; sus designios; su plan es desechado en Italia y acogido por Bonaparte; caída de Gioberti.—Situación de Roma; medidas vejatorias; predominio del elemento italiano y cosmopolita.—El Padre Santo en Gaeta; su llamamiento á las potencias; disposiciones favorables de España, Nápoles y Austria. El gobierno francés teme que se le adelante Austria; lenguaje de los diplomáticos franceses; la política de intervención gana terreno.
- VI.—Vuelven á romperse las hostilidades entre el Piomonte y el Austria.—Derrota de los piomonteses en Novara.—Emoción que este suceso produce en Francia; lenguaje belicoso en el Elíseo, en la comisión de negocios extranjeros y en la Asamblea nacional; prudentes consejos de Thiers; orden del día votada por la Asamblea. La moderación de Austria quita todo pretexto á la guerra.—De qué manera el gabinete francés, á fin de evitar una intervención del Austria victoriosa, se decide á intervenir en los Estados romanos.
- VII.—Crédito de un millón doscientos mil francos pedido á la Asamblea para el sostenimiento del *cuerpo expedicionario del Mediterráneo*. Nombramiento de la comisión; equívoco sobre el carácter y el fin de la expedición.—Informe de Julio Favre; debates; votación del crédito.—El equívoco subsiste; explicaciones más categóricas hubieran podido dividir á la mayoría.—Nuestros representantes en Gaeta; anuncian la intervención próxima; efectos de esta declaración.
- VIII (*Extractado del texto de La Gorce*).—El cuerpo expedicionario; su efectivo; el general Oudinot; no se cree que los romanos resistan; de ahí la debilidad numérica de las tropas, la ausencia de material de guerra y la insuficiencia de la artillería y del cuerpo de ingenieros.—Salida para Civita-Vecchia; envío de parlamentarios; las autoridades de Civita-Vecchia se deciden á recibir á las tropas francesas.—El general Oudinot desembarca; su conducta ambigua; su proclama; sus medidas.—Roma, último refugio de la demagogia; triunvirato; influencia creciente de Mazzini; noticia de la llegada de las tropas francesas; acuérdase la resistencia.—El coronel Leblanc es enviado á Roma; entrevista con los triunviros; la hostilidad contra Francia se acentúa.—El general Oudinot en Civita-Vecchia; sus informaciones; espera una reacción en Roma.—Su marcha ofensiva; combate del 30 de abril; derrota de las tropas francesas.
- IX.—Vivísima impresión causada en Francia por el ataque infructuoso de Roma; causas diversas que aumentan esta impresión; debates parlamentarios; Julio Favre, Barrot, Sénard; voto de censura contra el gabinete.—El ministerio no se retira; se acuerda negociar y contemporizar hasta la convocatoria de la nueva Asamblea.

X (*Extractado del texto de La Gorce*).—Lesseps; su misión; instrucciones que se le dan; su llegada al campamento francés; va á Roma; prodigiosa actividad que despliega; primer proyecto de convenio entre el gobierno romano y las autoridades francesas; la Asamblea romana rechaza el proyecto.—Persistencia de Lesseps en negociar; sus disonancias con el cuartel general, con los diplomáticos reunidos en Gaeta, con Harcourt y con Ragneval.—Nuevo proyecto de convenio; el general Oudinot se niega á aceptarlo.—Ruptura entre Lesseps y el general en jefe.—Se llama al negociador.—Las nuevas elecciones permiten renovar la política de acción.

I

Los tratados de 1815 habían conferido al Austria la soberanía de Lombardía y de la antigua república de Venecia. Convenios particulares y alianzas de familia le habían asegurado además una especie de protectorado sobre los Estados secundarios de la península. Italia había más bien soportado que aceptado aquella combinación de la política. No es que el gobierno de Viena se complaciese en oprimir á sus súbditos de allende los montes; al contrario, cuidaba mucho de sus intereses materiales. Pero la lengua, las costumbres, los gustos, las tradiciones, todo separaba á los dos pueblos. El desdén y la burla son el recurso de los débiles. El italiano se burló del tudesco, y el tudesco, á su vez, exasperado, aumentó el peso de su dominación. En aquella rivalidad en que había más amor propio que patriotismo, la exasperación fué recíproca. El italiano, dulce, afable y cortés hasta la obsequiosidad por naturaleza, desplegó un arte infinito en molestar á los que él llamaba sus opresores. El austriaco, bueno y comunicativo por naturaleza también, volvióse quisquilloso y altivo. El tiempo, lejos de suavizar aquella incompatibilidad de humor, no hizo más que aumentarla; y la lucha, á veces aguda hasta la violencia, á menudo sorda y disimulada, no tardó en cansar al pueblo dominador casi tanto como al pueblo conquistado.

En busca de protectores, el pueblo italiano volvió los ojos hacia Francia. La comunidad de antipatías estrechó los lazos de la alianza. Austria aparecía como la principal beneficiada de los tratados de 1815, y por esto el espíritu público francés le era hostil. Además seguía siendo, á los ojos de muchos, la enemiga hereditaria; y no se calculaba que si aún conservaba el poderío, las miras ambiciosas ya germinaban en otra parte. Veáse, por último, en el gabinete de Viena el adversario constante y apasionado de los principios de la Revolución francesa, y esto ayudaba á alimentar nuestra malevolencia. Lo que acabó de sellar la unión es que el nombre de Italia era en Francia tan popular como impopular el de Austria. Italia era para los católicos la sede de la religión; para las almas amantes de lo bello, la patria de las artes; para los espíritus meditados, la tierra de los grandes recuerdos; unos la habían visitado en los días benditos de su juventud, y sus impresiones habían sido hermoeadas con todo lo que los goces del corazón añaden á la belleza de los lugares; otros habían vuelto después de desgarradoras pruebas y, en medio de aquellas grandes ruinas, habían encontrado la paz. Todo gustaba en aquel hermoso país: su clima, tan suave; sus monumentos, tan maravillosos; su lengua, tan melodiosa; y se tenía tanto más cariño á aquella tierra privilegiada, cuanto que parecía como velada por la servidumbre y como si la desgracia le imprimiese un encanto más conmovedor. «Italia es la poesía de la libertad,» dijo lord Byron. Estas palabras en-

contraron más eco en Francia que en ningún otro país. Los franceses opinaban generalmente que los pueblos de la Península habían de ser independientes y libres; nadie presentaba entonces que si el porvenir realizaba aquella idea, Italia, obedeciendo á la corriente de sus intereses, se convertiría para nosotros, no en aliada, sino en rival.

Durante mucho tiempo, Italia justificó con sus imprudencias los rigores de sus amos y cansó las simpatías de sus amigos. Jactóse de reconquistar su libertad por medio de insurrecciones y complots. En 1820 y 1831 estallaron sublevaciones en el Norte de la Península y en los Estados pontificios. En 1843 y 1845 hubo movimientos parciales en el gobierno de Bolonia y especialmente en Rímimi. En 1884 algunos aventureros, entre ellos dos jóvenes oficiales de marina, los hermanos Bandiera, desembarcaron en Calabria con la esperanza de propagar allí la insurrección. Aquellas tentativas, obra de espíritus criminales ó quiméricos, fueron ahogadas en sangre ó cubiertas de un desdénoso perdón; proporcionaron á los adversarios de Italia la ocasión de proclamar la excelencia de su política, y echaron en brazos de Austria á los príncipes que temblaban por su corona.

Sin embargo, á la hora en que se tramaban en el reino de Nápoles y en las Romañas aquellas estériles conspiraciones, formábase un partido nuevo que predicaba, no la destrucción de los tronos, no la nivelación de las clases, sino la conquista pacífica y paciente de la libertad política y de la independencia nacional. Aquel movimiento fué inaugurado por tres publicaciones considerables. En 1843, el padre Vicente Giobardi, cura piemontés, á quien las vicisitudes de la política habían obligado á abandonar su país y había vivido desterrado en París y en Bruselas, publicó su libro: *De la preeminencia moral y política de los italianos*. Su idea capital consistía en que la salud de su patria estaría en la formación de una liga italiana que tuviese al papa por jefe honorario y al rey del Piamonte por espada. Un año después, el conde César Balbo, gran señor, publicó las *Esperanzas de Italia*. En este libro proclamaba en principio que el Austria había de ser expulsada de la Península, y dejaba á las complicaciones del porvenir el cuidado de realizar aquella aspiración; por el momento se contentaba con recomendar á la juventud el respeto á la ley, la práctica de la virtud y sobre todo el ejercicio de las armas. Finalmente, en 1846, Máximo d'Azeglio, caballero como Balbo, y como él muy considerado en la corte de Turín, atacó más directamente al partido revolucionario. En un folleto sobre los *Acontecimientos de las Romañas*, no vacilaba en afirmar la ineficacia de las conspiraciones y aconsejar la agitación legal como el único medio seguro de conquistar la libertad. Era un espectáculo nuevo el ver publicistas notables, hombres de ilustre cuna, separarse valerosamente de los cortesanos, desaprobar con no menos valentía al partido revo-

lucionario, y colocarse entre las dos facciones extremas, á riesgo de ser triturados entre ambas. El efecto producido fué grande, como no podía menos de serlo. En Toscana y en el Norte de Italia, las nuevas doctrinas fueron favorablemente acogidas. Gioberti, Balbo y d'Azeglio eran tres piemonteses, y fueron escuchados no solamente por sus conciudadanos, sino que también

popular y nacional. Después que este príncipe hubo subido al trono, apoderóse de él una gran perplejidad. Por una parte, el principio de la solidaridad de las coronas, los escrúpulos de una piedad exaltada á veces hasta el misticismo, el temor de desencadenar la revolución que cincuenta años antes había destronado á sus abuelos, todos estos sentimientos le aconsejaban la pru-



Máximo de Azeglio (según fotografía)

por su gobierno, que, fingiendo desaprobarnos, siguió sus consejos.

Carlos Alberto, entonces rey del Piamonte, pertenecía á esa vieja casa de Saboya que, encerrada desde luego en los altos vallados de los Alpes, había crecido de siglo en siglo con paciencia y astucia y por la fuerza de la espada. Casi todos los rasgos de sus antepasados reaparecían en él: el espíritu de devoción llevado hasta la austeridad; una mezcla de valor y de astucia, bastante común en las razas montañosas, acostumbradas á ladear los obstáculos lo mismo que á afrontarlos; la ignorancia ó el desdén de los conocimientos nuevos; la insaciable avidez de territorios; un cuidado casi exclusivo de la política y de la guerra; la afición á una vida ruda y sencilla, y á todo esto hay que añadir las tradiciones de un gobierno absoluto, aunque

dencia. Por otra parte, un vago instinto le advertía que pronto llegaría para la casa de Saboya la hora de intentar una evolución audaz; de favorecer, sin dejar de contenerlo, el movimiento liberal y nacional, y de ceñir, no la corona de Italia, que no se vislumbraba aún, sino la antigua corona de los reyes lombardos. El rey, tan pronto retenido por el miedo como impulsado por la esperanza, deslumbrado y asustado á la vez por la visión del porvenir, ora temiendo perderlo todo, ora resuelto á arriesgarlo todo, acariciaba aquellas miras ambiciosas, y las rechazaba luego para volver á abrazarlas después. De ahí sus veleidades liberales, seguidas de verdaderos accesos de despotismo; de ahí sus cambios bruscos que sorprendían á todos los partidos y que eran calificados de inconstancia ó de traición.

La casa de Saboya fué siempre más codiciosa que

cabalresca. Al fin la ambición triunfó en el corazón de Carlos Alberto, aunque no sin frecuentes cambios que parecían señales de duplicidad. Se vió al monarca pedir consejo á personajes partidarios de la política retrógrada, como Solar de la Margherita, y á hombres imbuidos de las ideas nuevas, como Villamarina. Sin dejar de rechazar las reformas políticas, mostróse atento á realizar algunas mejoras en el orden civil y material. Fundáronse en Turín clubs ó círculos á imitación de los de Inglaterra, asociaciones agrícolas, industriales y económicas, en las cuales el espíritu de progreso era como el preludio del espíritu de libertad. Fuese por indecisión, fuese por arrepentimiento de sus propias temeridades, Carlos Alberto se burlaba de aquellas asociaciones, pero las toleraba. A principios de 1846, los disentimientos comerciales, que surgieron á propósito del tránsito de las sales del Tesino y de la introducción de los vinos piamenteses en Lombardía, revelaron un principio de frialdad entre Turín y Viena. Metternich, que gobernaba entonces la monarquía austriaca, se hizo cargo en seguida de la gravedad de aquellos síntomas y no vaciló en tomar respecto á la corte de Cerdeña una actitud conminatoria: «Necesitamos saber con precisión, escribió á Buol, ministro del Imperio en Turín, quiénes marchan con nosotros y quiénes son aquellos con los cuales no podemos contar (1).»

Entonces fué cuando se publicaron los libros de Gioberti, Balbo y d'Azeglio. No se podía pedir á Carlos Alberto que los aprobase. Mucho era ya que no los prohibiese. Desde aquel momento, el partido liberal nacional tuvo sus publicistas; y no sólo tuvo sus publicistas, sino que pudo esperar, á pesar de extrañas ambigüedades de conducta, el próximo concurso del gobierno piamentés. Iba á encontrar, en fin, en el centro de Italia, en Roma misma, un punto de apoyo más fuerte que todos los demás y que no se hubiera atrevido á ambicionar.

II

El 1.º de junio de 1846, Gregorio XVI murió. Sacerdote virtuoso, teólogo muy sabio, Gregorio XVI no había puesto más que una mano tímida en la organización interior de los Estados romanos, ya porque el papel de reformador no le tentase mucho, ya porque su perspicacia le mostrase los peligros que había en hacerlo. Su muerte causó en Roma vivísima emoción. Nadie esperaba un fin tan próximo; además, la Santa Sede vacaba en coyunturas difíciles; y por último, ninguna candidatura fuertemente indicada se imponía á la elección del Sacro Colegio. La Providencia precipitó el desenlace. Reunióse el Conclave el 14 de junio. El 16, el cardenal Mastai, obispo de Imola, fué elegido para el pontificado y adoptó el nombre de Pío IX.

El nuevo papa era poco conocido en Roma. Viviendo en su diócesis, sólo de lejos había tomado parte en los asuntos mundanos y políticos: por esto su nombre, murmurado entre las masas, no produjo desde luego más que asombro. Pero cuando, según el ceremonial de rúbrica, el Pontífice se presentó en el balcón del Quirinal á bendecir al pueblo, la belleza de su rostro ilumi-

(1) Despacho de Metternich á Buol, 29 de mayo de 1846.

nado aún con los últimos resplandores de la juventud, la santa dulzura de su mirada, la armonía de su voz, todos aquellos dones de la persona que no eran sino el reflejo del alma, sedujeron y encantaron á todos los corazones. En los días siguientes, la impresión no hizo más que aumentar. Se contaba la vida del nuevo jefe de la Iglesia, su infancia, su juventud transcurrida en la profesión de las armas, su ordenación, las primicias de su sacerdocio consagradas á los niños de los humildes y de los pobres en el hospicio de *Tata-Giovanni*, su misión en Chile, más tarde su episcopado en Espoleto y en Imola; se ponderaba su caridad, su espíritu de tolerancia y sobre todo su dulzura en la época de los disturbios civiles. Los primeros actos del príncipe, sus liberalidades, su lenguaje lleno de mansedumbre aumentaron aún más las simpatías. El pueblo romano, tan impresionable y voluble, enamoróse apasionadamente de su pontífice, y el entusiasmo no reconoció límites cuando, un mes después de su advenimiento, Pío IX, por medio de una amnistía casi plenaria, abrió de nuevo á los proscritos de los últimos reinados las puertas de la patria.

Hay, en la vida de las naciones como en la de los hombres, días de pura felicidad que se quisiera hacer perdurar para siempre. El primer año del pontificado de Pío IX fué una de esas épocas benditas. Doquiera se mostraba el Pontífice, el pueblo acudía en masa. A menudo, corporaciones enteras se agolpaban á las puertas de su palacio, esperando que él apareciera y les bendijese. Todo eran iluminaciones improvisadas, ovaciones y gritos de júbilo. Cualquier rumor sobre una indisposición del papa era bastante para que todos los rostros apareciesen sombríos. Todos los contemporáneos, todos los extranjeros que residieron entonces en Roma, conservaron el fiel recuerdo de aquella popularidad sin igual en todo el siglo. Hubiérase dicho que los romanos querían aturdir y embriagar á su príncipe con las ruidosas manifestaciones de su ternura, como para ocultar el peligro de las reformas que reclamaban.

Penetrado de sus derechos de soberano, más celoso del bien de sus súbditos que de sus prerrogativas, nada insensible á aquellas demostraciones de aprecio, Pío IX estaba dispuesto á acceder á los públicos deseos. El gobierno pontificio distaba sin duda mucho de merecer los reproches propalados contra él por la prensa europea. Era un gobierno paternal, ordinariamente muy suave, á veces vejatorio, atento á poder contar con las fuerzas del pueblo, gobierno en que hasta los abusos eran atemperados por la mansedumbre del soberano y de la mayor parte de sus consejeros. Sin embargo, las personas más ilustradas reclamaban prontas reformas, sobre todo en lo relativo á la administración de la hacienda y al servicio de la justicia: deseábase además que las funciones diversas estuviesen mejor demarcadas y que el elemento laico tuviese en ellas mayor representación: reclamábase el establecimiento en Roma de un consejo representativo llamado, no á gobernar como las Cámaras de los países constitucionales, sino á ilustrar al Padre Santo con sus consejos: pedíase, en fin, que se llevasen á efecto ciertas mejoras materiales cuya necesidad hacía tiempo que se dejaba sentir. Pío IX puso animosamente manos á la obra. Decretó las atribuciones de los diversos departamentos ministeriales; amino-

ró con otro decreto los rigores de la censura en materia de prensa. La ciudad de Roma fué dotada de franquicias municipales más amplias. Nombróse una comisión para corregir los abusos del orden judicial. Instituyóse la guardia cívica. Los ferrocarriles, los aranceles, los establecimientos de enseñanza y los de beneficencia fueron objeto de la solicitud del poder. A todas estas innovaciones se añadió otra más importante. El papa

los favores de la divina Providencia. Tenía publicistas á su servicio, publicistas algo quiméricos, en verdad, pero considerables por su talento y rectitud; y podía esperar que la buena voluntad hasta entonces incierta de Carlos Alberto se afirmaría cada vez más. Contaba sobre todo con Pío IX, de quien se decía que había *encontrado genio en su conciencia* (1). El pueblo de Roma, sincero al menos en los primeros días, seguía al



El papa Pío IX

decidió que una asamblea de notables, elegidos por él entre triple número de candidatos propuestos por los consejos provinciales, se reuniría en Roma y sería llamado á informar sobre todos los grandes negocios temporales del Estado. No satisfecho con estas medidas, el Padre Santo procuró, con una buena fe conmovedora, merecer el título de príncipe reformador; nombró comisarios investigadores para corregir los abusos; dió audiencia á todo el mundo; se ingenió para conocer las necesidades del pueblo; prodigóse sobre todo á los humildes y á los pequeños; su tolerancia y su bondad se extendieron hasta sus súbditos judíos, que participaron de sus limosnas y eran objeto de su protección. Hubo un momento (momento, ¡ay!, muy fugaz) en que la causa liberal y nacional, desembarazada de las antiguas conspiraciones y virgen aún de los excesos que habían de mancharla de nuevo, pareció digna de todos

Pontífice y le acompañaba con sus aclamaciones, dándole ánimos.

¿Cuál era, en presencia de aquella súbita evolución, la actitud de las potencias europeas, y en particular de Francia y de Austria?

Francia, de cuya buena voluntad habían abusado largo tiempo los conspiradores italianos, vió con extraordinaria satisfacción aquel movimiento inesperado hacia las ideas de prudente libertad, y estaba dispuesta á favorecerlo. Desde el principio de su pontificado, el Padre Santo había colmado de atenciones lisonjeras al embajador del rey Luis Felipe, queriendo dar á comprender con esto que en su obra de reforma buscaría en París su principal punto de apoyo. Aquellas demostraciones tenían tanto más valor cuanto que el enviado del

(1) Máximo d'Azeglio, *Correspondencia política*, pág. 2.